



I

Consideraciones sobre la Confianza

Bien, comenzaremos diciendo que la confianza (seguridad, certeza, convicción, fe o creencia en algo o alguien) tiene un valor cuantificable: de hecho, el valor de la confianza es binario: cero o uno, *true or false*, A o B. Las dos variables posibles son “confiar” o “no confiar”; por ende, queda descartada (y según los siguientes fundamentos) la posibilidad de “confiar mucho” o “confiar poco”, así como los matices que entre las dos variables primarias (“confiar” o “no confiar”) pueden imaginarse. Veamos un ejemplo simple: Juan le pide prestado una gran suma de dinero a Luis, aduciendo que necesita el dinero urgentemente y que sin duda lo devolverá una vez que lo consiga. Luis dispone de ese dinero para poder prestarlo sin problemas, pero inmediatamente piensa:

- *Desde que conozco a Juan no ha faltado a ninguna de sus promesas; sin embargo, esta cantidad de dinero que él me pide es elevada y no quisiera arriesgarme a perderla, pues uno nunca sabe qué puede suceder...*

Da lo mismo si Luis piensa en otras posibilidades como darle el dinero sin siquiera dudar, o por el contrario, negarle el préstamo rotundamente: no importa cuántos pensamientos y reflexiones tengan cabida en la mente de Luis, pues tarde o temprano él deberá decidir entre las dos posibilidades existentes, prestar el dinero, o no prestarlo.

Invito al lector a que indague y busque otras posibilidades para este ejemplo y para cualquier otro que imagine: comprobará con asombro, que mediante un simple proceso de decantación

concluiremos en la existencia de estas dos variables: “hacer” o “no hacer”.

Confiar en alguien o algo siempre implica una tangible respuesta de nuestra parte. El carácter binario de la confianza es casi siempre confundido con todas las ideas y conjeturas que solemos pensar e imaginarnos cuando debemos elegir entre una opción u otra.

Bien, hemos visto que la confianza trata fundamentalmente sobre un tema de decisión: así pues, para poder decidir es necesario que exista por un lado, voluntad, y por otro, un criterio de selección. La voluntad es una facultad única en el ser humano, ya que en ningún otro ser vivo se ha apreciado esta virtud: los animales por ejemplo, son guiados por el instinto: comen cuando sienten hambre, copulan cuando es la estación de apareamiento, atacan o permanecen dóciles según los estímulos externos. Incluso muchas veces creemos que los animales realizan actos heroicos o de carácter noble, cuando en realidad esos actos son forzados por los estímulos externos que invaden al animal, sin posibilidad de que éste *decida* entre *hacerlo* o *no hacerlo* (ver “Apéndice”). El hombre por el contrario, puede negarse a los instintos que también posee, puede consolidar sus protestas realizando huelgas de hambre, puede abstenerse de tener relaciones sexuales, puede permanecer dócil ante la hostilidad en lugar de contraatacar.

Muchos piensan que la voluntad se encuentra realmente subyugada por los sentidos, y que por ende, toda decisión no es sino una respuesta a esos estímulos. Sin embargo, la existencia de la conciencia (abarcar y comprender la idea de que por un lado estamos bajo la fuerza de coerción de los sentidos, y que por otra parte tenemos un pensamiento abstracto independiente a esa fuerza) permite que la dirección del vector de nuestros actos esté orientada hacia objetivos abstractos aún cuando el motor que impulsa esa línea implique factores sensibles, por ejemplo, cuando pensamos a futuro. Estas cuestiones son comúnmente confundidas entre sí, dando a lugar a la idea de que la voluntad está sujeta a nuestros deseos, pero es necesario dejar en claro que *es posible* abstraernos para orientar la dirección de nuestros actos hacia fines nobles.

Los criterios de selección son múltiples y variados; cito por ejemplo, el criterio del tipo materialista, basado exclusivamente en la obtención y pérdida de bienes materiales en torno a las decisiones tomadas. Sin embargo y obviando todos los ejemplos posibles, existe un criterio de selección muy particular, cuya nobleza lo mantiene muy cerca de la voluntad y le permite a ésta desarrollarse y crecer: la *moral*, la distinción entre lo bueno y lo malo.

Antes que nada, debemos recordar un punto muy importante: la voluntad es como un músculo: si no se la utiliza, se debilita, se marchita y acaba por morir o inhabilitarse si el término anterior resulta inadecuado. ¿Por qué sucede esto? Pues porque existen otros factores que continuamente intentan sobreponerse a la voluntad (el instinto, las pulsiones, las conductas hedonistas), factores externos que estimulan nuestros sentidos así como sucede con los animales. Debo destacar al discernimiento moral por encima de los demás criterios de selección ya que éste es el único que no se basa en estímulos físicos sino abstractos.

Es por eso que las conductas hedonistas atentan contra la moral, pues esa tendencia lleva a la destrucción de algo que ya tenemos, ya que las pasiones se caracterizan por generar progresivamente mayor dependencia en quien las disfruta debido a que el hombre posee la aptitud de adaptarse a cualquier circunstancia (tanto las hostiles como las más placenteras), haciendo que cada vez necesite renovar esos placeres hasta rozar la locura. Progresivamente el hombre se inclina por tomar decisiones basadas en el placer, dejando de lado la razón que muere opacada por la pasión. ¿Muere? Efectivamente, aunque hay casos en los que simplemente queda incapacitada, dañada, como los niños que durante sus primeros años de vida no reciben la alimentación básica necesaria como para desarrollar sus órganos plenamente.

El lector deducirá con toda razón, que si las decisiones son establecidas sobre la base de criterios materialistas o de naturaleza no abstracta, la voluntad corre riesgo de inhabilitarse como consecuencia de los factores tangibles que constantemente estimulan nuestros sentidos, incluso hasta convertirnos en auténticos esclavos de ellos. De este modo vemos que el discernimiento moral es el criterio

fundamental para poder tomar decisiones, pues ya se había dicho que para permitir la existencia de la decisión es necesario un criterio y la voluntad que la ejecute, la cual depende del ejercicio de la misma sobre bases no tangibles o sensibles, puesto que éstas pueden incidir sobre la voluntad mediante el instinto incluso hasta inhabilitarla seriamente: de ser así, nuestra existencia como seres humanos involucionaría hasta ser semejante a la de un animal, sin posibilidad de decidir, totalmente esclavizado a nuestros instintos.

Estos últimos juegan muchas veces en contra de las decisiones que son producto de nuestra razón, castigándola constantemente bajo la coerción que ejerce la pasión y las necesidades que ésta implica. Así pues, el hambre, el instinto de la perversidad, la pasión carnal, incluso la pasión por la ternura, no son sino sensaciones que influyen (pero no coartan) la voluntad del hombre, así como también influye el pensamiento lógico (que a diferencia de la pasión no es una sensación) proveniente de la razón y la capacidad de abstracción. Lo mismo sucede con las pulsiones, que si bien inciden en la conducta del hombre a nivel subconsciente, no lo coartan en sus decisiones que de hecho son conscientes.

“¿Quién no se ha encontrado, cientos de veces, cometiendo una acción vil o estúpida, sin más motivo que saber que no debe hacerla? ¿No estamos constantemente inclinados, en pleno uso de nuestra razón, a violar lo que constituye la ley, por el mero hecho de ser la ley? El instinto de perversidad, repito, acabó de hundirme.”

Fragmento de “The Black Cat”, Edgar Allan Poe,
publicado en *United States Saturday Post*, 1843.

Pues no Sr. Poe, el instinto de perversidad no lo ha coartado a usted a hundirse, sólo se ha dejado llevar por él, pues aunque su voluntad haya estado bajo la coerción de ese instinto, nunca ha sido obligada a hundirse, tentada en todo caso, pero nunca, repito, coartada. La última frase del fragmento revela el subconsciente deseo de todo ser humano de querer expiar sus faltas con una absurda

excusa, que usualmente pretende conmovier la pasión en lugar de apaciguar el hambre de la razón.

Es sabido que en mis textos la pasión es estigmatizada y hasta maldecida. Sin embargo, esas no son sino consecuencias de mi mala labor como escritor, ya que ése no es el resultado buscado, por el contrario, pienso que la pasión es indispensable para el crecimiento del ser humano, y en segunda instancia, resulta indispensable para obtener gozo.

El abuso de la pasión y sus orígenes son los pilares de estos textos, debo hacer esta aclaración ya que muchos han decidido tomar el tema con pinzas ya sea por miedo o por mera inseguridad, y es imperante hacer un extenso análisis que produzca claramente resultados que puedan aplicarse al reino de lo tangible, nuestro mundo, el mundo en el que vivimos.

Al menos yo no vivo en un cuento de hadas, debo trabajar de ocho a doce horas al día, comer, dormir, hacer cosas que son de mi agrado y otras que no lo son, mientras que otras me tientan constantemente al hedonismo y sus consecuencias.

“La enfermedad me había aguzado los sentidos, no los había destruido, no los había embotado (...) ¿No os había dicho ya que lo que pasa por ser locura no es sino hipersensibilidad?”

Fragmento de “The Tell-Tale Heart”, Edgar Allan Poe,
publicado en *Pioneer*, 1843.

Un gran acierto de Poe, aunque yo lo he puesto al revés: la hipersensibilidad conlleva a la locura; el orden de los factores no altera el producto: locura es hipersensibilidad y viceversa, sinónimos del mal al cual todo ser humano debe enfrentarse para así forjar la virtud de la voluntad, ya que podemos perderla en el intento... o incluso al no intentarlo. Estando pues, entre la espada y la pared, prefiero dar batalla e intentarlo, eso... eso es una decisión de cada uno. El nihilismo peca de arrogancia, pues al conjeturar que no existe un fin inherente al ser humano sin antes haber experimentado los cambios propios del progreso y la evolución, resulta soberbio en extremo

determinar que el progreso no lleva a ningún lado, pues aunque la idea de progreso parezca (para los nihilistas) tonta e irracional, es una de las dos opciones que efectivamente tenemos: intentarlo o no intentarlo. ¿Por cuál se decidirá usted?

El determinismo por otra parte, si bien podría teorizar sobre las primeras etapas en la vida de un ser humano (en las cuales se determinan -valga la redundancia- significativamente ciertas variables y factores que serán pilares de futuras oportunidades esenciales para tener la posibilidad de utilizar la voluntad propia) no puede ser absoluto o bien no puede ser tomado en serio al definir el futuro de un hombre: las tendencias propias de ciertas condiciones (la riqueza, pobreza, etc.) no determinan destinos absolutos (una vez más, valga la redundancia), y aunque las posibilidades conlleven a que le sea más fácil o difícil elegir la senda a seguir, sin importar incluso el resultado, el hombre *puede*, tiene la oportunidad, y mientras la tenga, no hay un futuro certero y determinado.

La única salvedad del determinismo está en aquellos factores que como he señalado perjudican las etapas iniciales en la vida de un individuo, por ejemplo una mala alimentación durante la infancia, impidiendo un correcto desarrollo de los órganos vitales, afectando seriamente el desempeño de un ser humano en la sociedad.

En un camino que es la vida, sin obstáculos que sortear, no habría posibilidad de progreso, y el cuerpo, ya sea por divina intervención o por natural selección, nos brinda la posibilidad de sentir para que de ese modo podamos forjar las virtudes ajenas a los sentidos que se nos han obsequiado, una oscuridad necesaria para poder contrastar esas cualidades en su constante crecimiento, virtudes que no son sino el discernimiento moral, la razón, la capacidad de abstraerse, en definitiva, pensar.

Durante siglos el hombre ha tratado de definir la moral debatiendo en singular combate qué es lo bueno y que es lo malo. Algunas definiciones de la moral se basan erróneamente en los sentidos y las pasiones. Por ejemplo el célebre Ernest Hemingway (1896 – 1961, escritor estadounidense) dijo que “*es moral lo que hace que uno se sienta bien, e inmoral lo que hace que uno se sienta mal*”; pues bien, debo suponer que el personaje principal de “The Tell – Tale

Heart” de Edgar Allan Poe asesina al viejo en un acto revestido de moral (o sea, no inmoral) ya que a lo largo del monólogo el personaje se excusa diciendo que así lo sentía: quizás su esquizofrenia (nada más alejado de la realidad, no vale decir que aquel es un personaje de ficción y que por ende no puede aplicarse a la vida real) y sus eventuales alucinaciones sensoriales sean consideradas “moralmente correctas” según el paradigma Hemingway. Obviamente mi ironía apunta a que la moral no puede estar basada (ligada tal vez) a los sentidos, que como veremos en lo que resta de este ensayo atenta contra ella, más precisamente, atenta contra el entorno que la rodea: el asesinato pues, es un acto redundante y autodestructivo con respecto a la moral, y eso es lo que lo convierte en incorrecto.

Aquí podemos hacer un alto y determinar de una vez qué es bueno y qué es malo (correcto e incorrecto, moral e inmoral; en el caso de utilizar la palabra “bueno” no debemos confundirla con “beneficioso”), desde una óptica objetiva y prácticamente libre de pasiones: diremos entonces, que lo malo es todo aquello que atenta contra la virtud del discernimiento moral (de la cual nacen los conceptos de bondad y maldad justamente) y que por ende no le permite crecer y desarrollarse. Lo bueno, es lo que fomenta el progreso de esa virtud, lo que asegura la continuidad de la evolución del hombre, que durante miles de años ha conseguido obsequiarnos con estos dones de la razón: ahora, es nuestro trabajo desarrollarlos o perderlos, pues así se ha bifurcado el camino de la vida, y no hay una tercera opción.

Pero la anterior definición peca de redundancia: dice lo que hace tanto lo bueno como lo malo y lo toma como una definición de ambos, cuando *lo que son* en realidad no es precisamente *lo que hacen* cada una (atentar o promover el progreso del discernimiento, según sea el caso). Pero a partir de saber qué es lo que hace tanto el bien y el mal, es posible definir lo que son de forma contundente: racionalidad, capacidad de abstracción que busca aumentar su poder y dominio; es en definitiva, como si desde el principio de los tiempos, nosotros hubiésemos tenido estas cualidades del razonamiento, y en algún punto de la historia, se nos habría proporcionado un cuerpo en el cual

pudiéramos poner a prueba esas virtudes para hacerlas crecer, como si el cuerpo humano fuese un gimnasio de la conciencia.

El bien y el mal son, en definitiva, consecuencias del progreso del hombre; nacieron de forma orgánica para que el razonamiento pudiese continuar con su progreso.

Hemos realizado un interesante descubrimiento, que nos abre las puertas a un entendimiento aún mayor: ¿por qué hacer lo bueno?, y lo que es aún mejor, ¿por qué el mal está destinado a ser destruido?. Aquello que es moralmente incorrecto o “malo”, la maldad en definitiva, resulta tan pura que atenta contra sí misma. Con esto quiero decir, que el mal es malo consigo mismo. Esto se debe y según la definición anterior, a que el mal destruye el entorno sobre el cual el discernimiento moral se desarrolla. Por ende debe llegar un momento o instancia en el cual el entorno quede completamente inhabilitado para promover el desarrollo de esta virtud, la cual se estancaría y se volvería inútil. En ese caso, el mal se habría destruido a sí mismo, junto con el bien, ya que no habría discernimiento moral que distinga entre uno y otro.

Sin embargo, mientras exista un ápice de “bondad práctica” (la única bondad que existe, he pecado de redundancia para dar entendimiento de una obviedad) en el entorno sobre el cual crece la moral, ésta tendrá la oportunidad de seguir creciendo y desarrollándose, aunque es preciso destacar una curiosa tendencia: el bien podría existir eternamente mientras se reconozca aquello que es malo aunque sin practicarlo (pues para distinguir una cosa de otra, es preciso que ambas cosas existan o se tengan conocimiento de ellas). Por el contrario, la práctica del mal puede existir al igual que el bien, pero solamente hasta que el entorno sobre el cual se desarrolla exista, ya que como se ha dicho anteriormente, el mal colapsaría consigo mismo, acabando con el discernimiento moral que paradójicamente le da vida a ambas posibilidades.

Por otra parte, ¿quién se ha atrevido a decir que lo natural es bueno? Escucho cotidianamente frases como “no te aflijas, es algo natural, no te preocupes”, frases que no saben sino torcer la realidad una vez más para ajustarse así a las necesidades del hombre (“¿qué tiene de malo ajustarse a las necesidades de esa manera?” dirán los

más despistados... pues, eso es mentirse a uno mismo). El hombre en su estado más primitivo (o sea, al nacer), no ha vivido justamente lo necesario como para haberse relacionado con la sociedad de modo que su criterio moral pueda crecer y convertirse en un auténtico hombre (ya que esa capacidad, me refiero a la moral, es lo único que nos diferencia de los animales). Podemos decir entonces, que el hombre es naturalmente malo.

El error de creer que lo natural es bueno proviene de la idiosincrasia, nuestra cultura, impregnada de productos que en su artificialidad dejan entrever lo perjudicial que pueden ser con respecto a sus pares naturales (por ejemplo, el caso de los alimentos transgénicos, las dietas, determinadas prácticas, seguramente el lector encontrará muchos más ejemplos de los que ahora cito). Pero seamos justos, no generalicemos: la filosofía contemporánea nos dice que no podemos hacer de una premisa particular otra universal. Por lo tanto, no podemos afirmar que lo natural es bueno, y viceversa, ya que el falsacionismo se encarga de observar que sean abarcados todos los casos existentes para aseverar que todo lo natural sea bueno: si existe un sólo caso en el que esta idea sea refutada, todo el sistema cae.

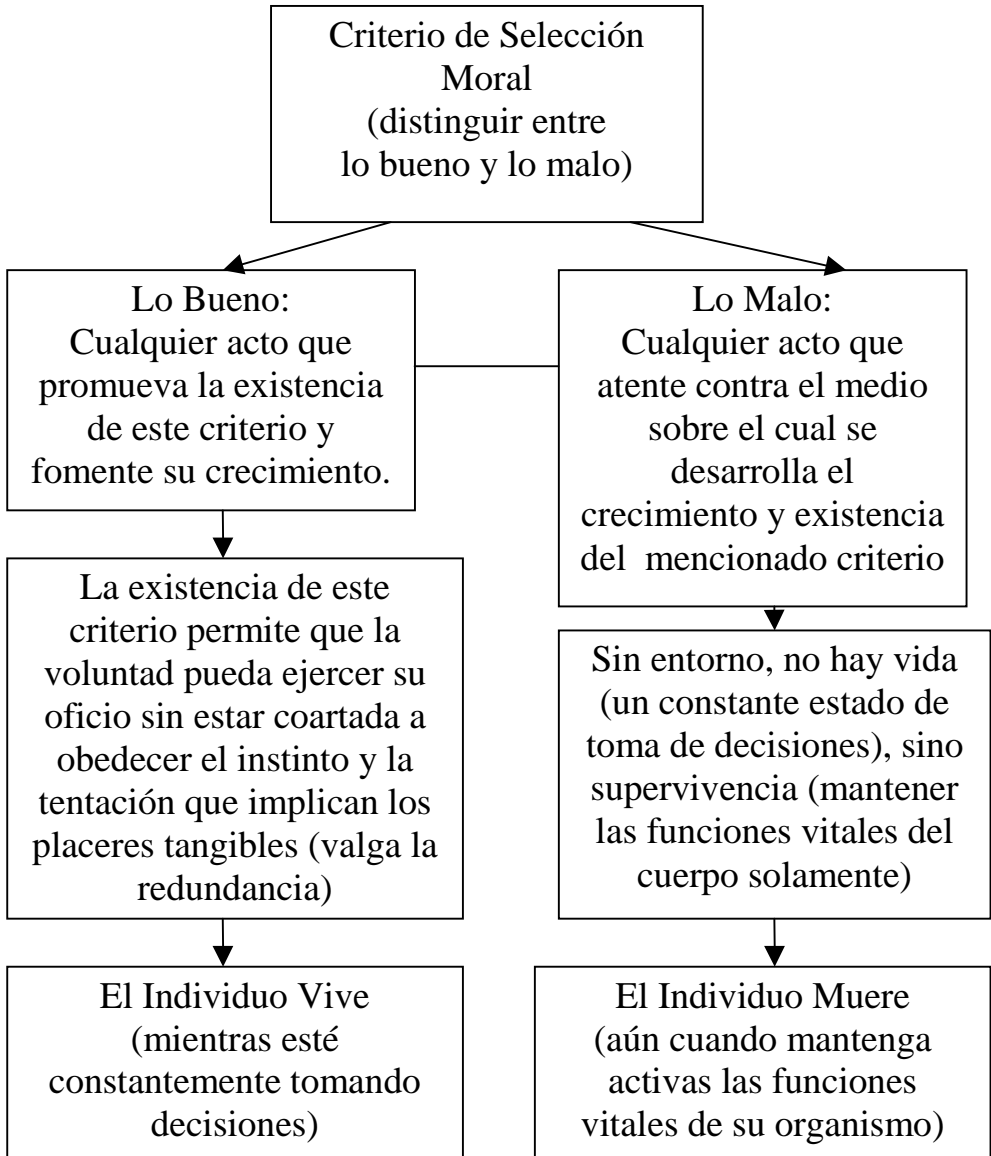
Muchos se han aferrado a la idea de que lo natural es bueno para expiar así sus faltas, creyendo en vano que los diversos sentimientos de una persona son buenos, justificando así sus actos. “*Si lo sientes, pues hazlo*”; esa frase es tan tonta que me cuesta realmente creer que existen personas que la utilizan como piedra angular de su pensamiento. Así es como actúan los animales, guiados por lo que sienten, sin discernimiento alguno de sus actos dada su falta de abstracción. En cambio el hombre posee esta virtud, y sin embargo, insiste en involucionar y retroceder hacia su lado más primitivo y animal, sólo porque llegados a este punto de la evolución, resulta difícil dar el siguiente paso. Sólo por eso, por pereza, por hedonismo, por querer que la vida sea un tránsito fácil y placentero. Pienso, como siempre a riesgo de ser jactancioso, que el hombre adopta esta postura por cobardía ante la vida.

¿Cuántos problemas sociales se resolverían de inmediato si los hombres adoptaran una postura más comprometida con su propia esencia? ¿Cuántas parejas evitarían el divorcio al no dejarse guiar por

las pasiones, pensando en primera instancia en el otro? Ni hablar entonces de la infidelidad, ¡cuán fieles serían las personas a sus consortes! Pues las pasiones seguirían instando a saciar el hambre de placer, pero la razón, fuerte y enraizada en la mente del hombre, no permitiría que éste sucumbiera ante tales eventualidades. Insisto, hacer lo que uno siente no es siempre lo correcto, pues los sentidos son una espada de doble filo, que satisfacen por un lado pero por el otro generan dependencia, eso sin mencionar que nos apartan de nuestra razón llevándonos a esa hipersensibilidad de la cual habla Poe.

La idea es que el hombre se ocupe de crecer en primera instancia, para forjar su discernimiento de modo que pueda disfrutar de los placeres de la pasión sin resultar perjudicado, pues como he dicho anteriormente, las personas no pueden vivir sin pasiones, no podrían crecer, y en definitiva, la vida sería por demás aburrida. A esto me refería en un principio cuando decía que en mis textos suelo estigmatizar a la pasión y los placeres, cuando en realidad, el objeto de semejantes escritos apunta a el desarrollo del hombre de modo que pueda garantizar así una vida mejor y más sana, pues sin duda el hedonismo puede sin ir más lejos, perjudicar la salud. Pero dejémoslo claro una vez más: una vida sin placer, una vida sin pasiones, no es vida.

FIGURA 1.1



Bien, estas teorías sobre la confianza no son nada desdeñables en cuanto a su aplicación a la vida común y corriente, más precisamente en el terreno de las relaciones de pareja y el amor. En primera instancia podemos concluir varias ideas prácticas, por ejemplo, que debido al valor binario de la confianza, resulta absurdo confiar en cualquier persona, ya que el ser humano es naturalmente falible, por ende sus promesas y juramentos también están expuestos a esa falibilidad. De esta manera y como se ha dicho anteriormente, es imposible “confiar mucho” o “confiar poco” en una persona, y lo que es peor, confiar en otro ser humano implicaría negar su naturaleza falible, es decir, negaríamos o le volveríamos la espalda al hecho de que todo ser humano puede equivocarse a causa de su debilidad. La expresión o palabra correcta para designar esas ocasiones en las cuales debemos “confiar” (aparentemente) en una persona, sería “arriesgarse con fulano” en lugar de decir “confiar en fulano”.

La confianza por ende sólo puede ser ejercida con aquellos que no poseen tal falibilidad; es por ello que esta virtud debería ser reservada para lo Divino, es decir, que sólo podemos confiar realmente en las Divinidades (sin importar la religión), ya que éstas se caracterizan por su perfección en la mayoría de los casos.

Existe un aspecto muy importante a destacar una vez llegados a este punto de entendimiento sobre las cuestiones de la confianza: el compromiso. Muchas veces las parejas deciden no contraer matrimonio basándose en la idea de que si existe una mutua confianza entre los consortes no es necesario comprometer la unión de la pareja ante la justicia. Pues bien, he aquí un error muy frecuente en la pareja, pues considerando que la confianza resulta nula o tonta si la aplicamos a las personas (debido a la falibilidad de éstas) y por ende sólo es útil y aplicable cuando está dirigida hacia una Divinidad (puesto que las leyes y condiciones impuestas por éstas no pueden ser doblegadas o tergiversadas), el compromiso debe regirse por leyes externas a la pareja que no se encuentren influenciadas por las partes y que inflijan una fuerza de coerción sobre los consortes, de modo que el temor a renunciar a la pareja sea una virtud que detenga los pasos de aquel que se precipite a una ruptura para que de esta manera pueda pensarlo fríamente dos veces antes de actuar.

De otra forma, el compromiso carece de valor si no existen reglas que lo rijan, y no dejaría de ser sino meras palabras en boca de los consortes. El ser humano tiene la implícita necesidad de estar regido por leyes externas a su dominio, pues de tener completo control sobre las reglas del compromiso, éstas podrían variar a voluntad en cualquier momento y circunstancia: no olvidemos que la libertad está garantizada por las leyes que ejercen una fuerza de coerción en las personas, pues de otro modo, la libertad se tornaría en libertinaje.

Además es imprescindible destacar que los compromisos en la pareja nunca se deben hacer el uno hacia el otro, sino que cada consorte debe comprometerse *consigo mismo*, ya que profesar palabras que expresen el compromiso no tiene fin alguno más que endulzar los oídos de quien las escucha, porque ¿cómo es posible asegurar la veracidad y perdurabilidad del compromiso, las promesas y los juramentos?.

Las intenciones de un individuo, sean buenas o malas, no deben tener una relevancia mayor en este mundo. El pensamiento debe ser traducido en un acto, una acción, un hecho, para que la voluntad *sea*. Como he dicho en alguna oportunidad anterior, vivimos en el reino de lo tangible, lo sensible: por ende, todo aquello que escapa a la sensibilidad tiene un valor ínfimo si no se la traduce en hechos. Así pues, el discernimiento moral carece de sentido si no logra salir de nuestras mentes convertido en un hecho, ¿de qué sirve pasarse todo el tiempo pensando qué es bueno y qué no lo es, si tales conocimientos no serán aplicados a la vida cotidiana, la cual exige convivencia para desarrollar así el propio discernimiento moral?

Quizás los lectores más incisivos dirán que los pensamientos son en definitiva impulsos eléctricos que vagan en nuestro cerebro, y que por lo tanto tales movimientos representan en sí un hecho físico. Admito que esos “hechos” tienen una importancia en el sistema caótico que nos rodea, pero he aquí que si el vector de ese pensamiento no está dirigido a esa maquinaria que nos permite estar en contacto con el mundo sensible (maquinaria que no es sino el cuerpo humano) para que la convivencia comience a surgir efecto, ese constante movimiento eléctrico representa una fuerza nimia y casi absurda comparada con los hechos provenientes de esos mismos

movimientos enfocados en el cuerpo humano. Sería una hipocresía quedarse pensando todo el tiempo cuando podría aprovecharse ese tiempo traduciendo ese pensamiento en un acto mucho más fuerte y útil para el propio crecimiento del discernimiento moral.

Vemos entonces, que si la abstracción fuera un hecho físico, quedaría opacada y débil ante la fuerza que representa ese mismo pensamiento pero aplicado en el cuerpo de quien lo produce. En definitiva y para no ir tan lejos, quedarse postrado en la cama meditando carece de la fuerza suficiente como para que la moral pueda crecer en base a las diferentes situaciones que cotidianamente se nos presentan. Si la moral es un músculo, el pensamiento en ese estado es como un juego de pesas cuyo peso es casi nulo.

A nivel de la pareja, existen incluso hechos que no pueden ser considerados con la suficiente seriedad como para ser tomados como actos de “amor” (que como veremos en los siguientes capítulos, es sacrificio); por ejemplo y sin ir más lejos, decir “te amo”, “te quiero”, incluso “te odio”, no son sino meras frases, palabras en definitiva. El tema aquí es la confianza: resulta necio poner nuestra confianza en otro ser humano (suena crudo, pero es lógico), pues ¿cómo confiar en un sistema que es absolutamente inestable? Y lo que es peor, ¿cómo confiar nuestros más preciados tesoros, nuestras debilidades, fuerzas, nuestro afecto y cariño, cómo confiar nuestras vidas en manos de sistemas (personas) que son falibles? Sería como construir los cimientos de nuestras casas sobre la cima de un volcán. Y es que nunca podemos estar absolutamente seguros de algo, aunque a veces la pasión por la ternura doblegue nuestras rodillas ante palabras que sólo saben explotar justamente, la pasión, en lugar de alimentar la razón.

No debemos olvidar que una de las principales características del ser humano es su falibilidad: siempre puede estar equivocado, siempre existe esa posibilidad, simplemente porque no lo sabe todo, porque le resulta casi imposible abarcar todas las variables de un hecho para confirmar su absolutidad. Confiar en otra persona (incluso en nosotros mismos), es en definitiva tirar una moneda al aire y ver si cae cara o ceca.

La traición siempre ha sido un factor omnipresente en las relaciones humanas, que ha generado infidelidad, o en casos menos extremos, celos y recelos (que bien manejados pueden incluso mejorar la calidad de la pareja). Uno no puede emprender una relación sin evaluar la posibilidad de la traición, y resulta lógico, porque incluso a nivel subconsciente, el hombre nunca puede olvidar que es falible, que puede fallar, aunque eso no lo absuelva de ningún pecado, ya que es su decisión caer o resistir. Recuerde, todo ser humano apasionado que prolifere frases tan poéticas como pasionales, son los mismos que después vienen al hombro del amigo a contar cómo le han roto el corazón, y todo por no haber hecho caso a la razón, que antes de ser un enemigo, intenta darle más color y durabilidad a una relación ya sea de pareja como laboral, o incluso familiar o una amistad.

Muchos hablan con la pasión ganando la simpatía de quien oye, ya que estas palabras más, lo admito, son frías y atacan la pasión propia; pero insisto, recuerden, y sobre todo, piensen, usad la razón, antes de arriesgarse tomando la mano de los sentidos. Ambos, pasión y razón, pueden convivir para lograr el progreso del hombre y el pleno gozo de las pasiones (sin verse coaccionado por éstas), pero por separado, son tan inútiles e inservibles que acaban con su propia existencia, haciendo de la propia existencia un fracaso.

Es imperativo pues, ser demostrativo en el amor. He escuchado a muchas parejas decir “yo no suelo demostrar mi amor, pero de hecho amo a mi pareja”, sonora contradicción, ya que el amor es un hecho (sacrificio): el sólo pensar que amo a mi pareja, no sirve para nada.

He ahí la importancia del rito, hacer las cosas en lugar de sólo concebirlas en nuestras mentes, tiene una relevancia importantísima para el correcto desempeño de las virtudes que tenemos. Incluso es ése el porqué de las diversas prácticas que las religiones imponen, prácticas que usualmente vemos como innecesarias y tontas: hacer las cosas implica compromiso con el mundo en el que vivimos, un mundo en donde valen los hechos y lo material, y es necesario comprometerse con este mundo pues éste y no otro el campo de batalla en el cual esas virtudes que la natural evolución o la Divina potestad nos han entregado para que puedan crecer o, de no ofrecer batalla, perderlas

bajo las tendencias inherentes a nuestra parte primitiva y animal, el hedonismo, el placer y la idea de que lo sensible lo es todo en la vida.

La religión y las distintas filosofías de vida (tanto las milenarias como las que predicán las más recientes obras de auto ayuda) promueven mediante los rituales (que analizándolos profundamente nada deberían tener de mecánicos) la persistencia y constancia en el estado alcanzado (según lo determine el progreso de la persona que lo aplica) que definitivamente se encuentra constantemente propenso a decaer a causa de todo ese mundo sensible que intenta abarcar el cuerpo de aquel que pone en práctica tales convicciones.

El matrimonio es uno de los rituales más frecuentes en la sociedad moderna, con la salvedad de que éste se practica solamente una vez con la pareja, o bien, no mantiene un ritmo determinado (un segundo matrimonio es una buena idea pasional, pero de hecho el matrimonio no es un rito que se cumpla todos los fines de semana); oí en ocasiones decir que para contraer matrimonio, lo fundamental es que ambos consortes estén enamorados: falso, pues, ¿cómo basar un compromiso tan importante (que supuestamente dura toda la vida) en algo tan inestable como lo es el enamoramiento, que no es sino pasión? Es posible amar sin estar enamorado, y también es posible que haya pasión en un matrimonio (y es lo ideal), pero de ninguna manera se puede esperar que un compromiso así funcione si sus cimientos se desgastan con el paso del tiempo, cosa que ocurre en todas las parejas que basan sus compromisos en la pasión y no en el amor; insisto, enamorarse no es amar, la decisión está en cada uno: su propio progreso, sus vidas plenas y llenas de gozo, están en sus manos y en las de nadie más.



FIGURA 1.2

